

—¡Chico! —la voz de la forastera lo reclamaba de nuevo.

Después de media botella de tequila, apenas podía vocalizar. Hacía un par de horas que había llegado a la cantina sucia, maloliente y con aquella pinta de persona temible a la que uno sabía, por puro instinto de supervivencia, que no debía acercarse. Probablemente había recorrido un largo camino hasta llegar allí montada en un viejo *Jeep*. Entre tanta suciedad y el enredo de su negra melena podían vislumbrarse unos ojos casi transparentes que delataban que no era del lugar. Desde el momento en que puso en la tasca sus botas pringadas de barro, sus modales fueron hoscos; cualquier cosa que se moviera, una silla, un vaso, el vuelo aleatorio de una mosca pegajosa, era radiografiado por su vivaz mirada. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que tras el aplomo de su porte se alzaba una persona desconfiada. Sin duda debía de ser una mujer audaz para atreverse a entrar sola en una taberna repleta de testosterona. O una buscona; aunque la gringa no tenía pinta de eso.

—¡Chico! —llamó su atención con una seña de impaciencia. Levantó la botella vacía. Era evidente que quería más de lo mismo.

El chico se dispuso a llevarle la segunda botella de alcohol. Con toda seguridad, la mujer tenía un estómago a prueba de fuego, rumió el muchacho; aguantaba la bebida más que cualquier parroquiano de los que iban por allí, más incluso que su propio papito.

Cuando rodeó el tablón de madera que hacía las veces de barra de la cantina, un fornido hombre lo detuvo poniéndole la mano sobre el hombro: era Manuel, su padre. El muchacho no comprendió la sombría expresión que su padre intentaba disimular, sin éxito. Cualquiera que lo conociese como él sabría que se debía a

la presencia de la forastera y que nada bueno cabía esperar de su extrema seriedad.

Sintió un escalofrío que le erizó el vello de la nuca. Su papá tenía temperamento, era más alto y más fuerte que la media de sus paisanos, lo que le había valido el respeto de todos. En seguida supo que la mujer no le agradaba, en su mirada torva se proyectaban el recelo y la fiereza a partes iguales.

El repentino manotazo que le arrebató la botella de la mano interrumpió sus reflexiones. Con un gesto de la cabeza le ordenó que volviese detrás de la barra. El pequeño obedeció sin rechistar. Nunca se quejaba cuando veía así a su papá.

El cantinero se dirigió con paso cansino hacia la mesa de la joven, que lo esperaba con una fachada de indiferencia bien ensayada, aunque su piel vibraba bajo la tensión contenida de quien se mantiene alerta. Él se detuvo frente a su mesa y dejó la bebida con un golpe seco.

La mujer no se inmutó. Levantó la vista hacia el alcohol y esbozó algo parecido a una sonrisa. Cuando se disponía a agarrar la bebida, el tabernero la apartó. Ella hizo una mueca de fastidio pero entendió lo que sucedía, así que se llevó la mano al cinturón sin prestar atención al grandullón. Allí llevaba colgado un machete desdentado por el uso y el abuso de su filo.

Al ver el sospechoso ademán de la morena, el tabernero reaccionó cogiendo la botella por el cuello, amenazante, advirtiéndole con el silencioso pero contundente aviso.

Sin alterarse ante el amago del hombre, alcanzó una reducida y roída bolsa de piel que también pendía del cinturón. La tiró sobre la mesa con más agilidad de la esperada.

El muchacho contemplaba la escena desde el otro lado del salón. Su padre seguía receloso, examinando a la joven como un depredador, atento a cualquier movimiento inequívoco. La mujer desparrramó el contenido de la bolsita sobre la mesa y le invitó con el gesto a que se cobrara el servicio.

Con ojos desorbitados, su padre sonrió exageradamente dulcificando sus rasgos. El brillo de las diminutas piedras doradas competía con el de sus grandes dientes.

Solo entonces la mujer sonrió por primera vez desde que llegara.

—Toma una china. Espero que sea suficiente —dijo con sorna mientras alargaba la mano hacia la bebida que él seguía empuñando, y se la quitaba de un zarpazo.

El cantinero apenas pudo contener el pasmo mientras se debatía por cuál de las pepitas decidirse, ya que las había de varios tamaños. Le tembló la voz cuando respondió:

—Sí, señorita. Discúlpeme, por favor —el gigante se deshizo en aspavientos amables y grandilocuentes para reconciliarse con la joven—. Tiene que entender que estamos en un lugar de paso y aquí entra todo tipo de clientes... Malos clientes. Yo tengo una familia que mantener... —plañó disculpándose con ese acento dulzón que tanto le gustaba escuchar a ella.

—Tranquilo. No me debes explicaciones. Son tiempos duros —concluyó mientras devolvía el resto de oro esparcido por la mesa a su sitio original.

Dio por zanjada la escueta conversación con un trago largo, pero el cantinero siguió plantado frente a ella, observándola con los ojos entornados. Ella dejó de beber, enfrentándose a él en un duelo silencioso de miradas. Había algo en aquel hombre corpulento que le daba mala espina. Por experiencia sabía que, tarde o temprano, eso significaría problemas.

Súbitamente, el gigante mostró su perfecta dentadura con una sonrisa enorme mientras le ordenaba al muchacho:

—¡Chico!, sirve una ronda a todo el mundo. ¡En chinga! —le metió prisa con esforzado alborozo.

La desastrada joven se secó con la manga unas gotas de tequila que le caían por la barbilla. Al ver el jolgorio general que provocó la invitación, decidió dejar de lado su innata desconfianza y se dejó seducir por el ambiente festivo que en un momento invadió el garito. Eso era una de las cosas que más le gustaba de aquellas gentes: la capacidad de hacer una fiesta de cualquier acontecimiento, por minucia que fuera. La capacidad de olvidar las preocupaciones, el aguijón del hambre, el dolor en la espalda, durante el tiempo que duraba la fiesta. La capacidad de celebrar lo más sagrado: la vida.

Como si se tratara de otro hombre, risueño y jovial, el tabernero le devolvió la atención al tiempo que se guardaba la pepita de oro y se servía una copa para él.

—Me llamo Manuel. A su servicio, señorita... —se presentó extendiéndole la mano. Ella dudó un segundo antes de responder al saludo, pero al fin le dio un fuerte apretón de manos.

—Sol.

Al escuchar el nombre, él gesticuló con extrañeza. La chica torció las comisuras de la boca hacia abajo y, encogiéndose de hombros, comenzó a explicarle, como si fuera una letanía largamente recitada, la procedencia de su apelativo:

—A mi abuela le encantaba Marisol, una niña prodigio española de los años 60. Creía que yo sería rubia, como ella y como todas las mujeres de mi familia... Pero se equivocó.

—¿Así que es española? Este... Usted no tiene el lindo hablar de los españoles —añadió Manuel, solícito.

—Es porque estoy borracha —respondió, haciendo un brindis con la botella.

El cantinero ensanchó aún más la sonrisa. A Sol le disgustaba tanta cortesía; ni le parecía sincera ni estaba acostumbrada. Lo único que quería era celebrar sola su descubrimiento y su inminente retorno a casa sin que nadie la molestara.

—¿Qué hace una muchacha... con su aspecto... sola, por estas tierras? —inquirió Manuel mientras se sentaba a su lado con sumo cuidado, como evitando hacer algún movimiento que pudiera asustar a la extranjera, como el gato que intenta acorralar al ratón.

—¿Quién te ha dicho que estoy sola? —balbuceó Sol con cierta lucidez impregnada de cautela.

Él dejó de sonreír y buscó entre la concurrencia: excepto la española, los mismos parroquianos de siempre. Manuel devolvió una astuta mirada a la joven y rió por lo bajo; era evidente que iba de farol al insinuar que no estaba sola.

Ella se mojó los labios con un nuevo sorbo de licor. Mientras lo hacía, no le quitó la vista de encima al tabernero. Con la creciente impresión de que el tipo tramaba algo, cogió la botella

y se preparó para marcharse. Por ese día ya había sociabilizado suficiente. Dormiría la mona en el asiento trasero del *Jeep*. Mañana sería otro día.

La mano grande y fuerte de Manuel la detuvo. Sol escudriñó a través de las rendijas en las que sus acerados ojos se habían convertido.

—¿Qué? —preguntó sintiéndose demasiado embriagada.

—Me preguntaba si quería tomar una copa más mientras hablamos un poco.

—¿Qué pretendes? ¿Que caiga en un coma etílico? —farfulló liberándose de la mano.

—*Híjole*, ¡claro que no! —exclamó con guasa—. Pero he pensado que le gustaría beber acompañada.

—Tengo alma de ermitaña. Y si quiero más —le mostró la botella—, tengo el depósito lleno, gracias.

—Nunca vi beber así a una hembra. Seguro que tiene algo que celebrar.

Sol se apoyó en la mesa intentando disimular la creciente náusea que la asaltó. Algo en su estómago se estaba revolviendo, aparte del tequila.

—Si así fuera, es algo que no te incumbe.

Manuel vació el vaso de un trago y se puso en pie acercándose mucho a ella. Demasiado. Inesperadamente, ronroneó con voz melosa:

—¿Ha encontrado algún yacimiento interesante, señorita?

Sol afiló los ojos aún más. Entre la nebulosa que la envolvía, empezó a comprender las intenciones de ese sinvergüenza: quería sonsacarle información sobre el oro con el que había pagado. Estaba muy bebida, aunque no lo suficiente como para no reconocer a un carroñero. Lo más inteligente que podía hacer era montar en su *Jeep* cuanto antes y desaparecer; eso si podía llegar a la puerta sin caerse. Con un mohín de hastío por respuesta, dio media vuelta para salir; pero un bochornoso traspíe la lanzó directa a los brazos del gigante, que la sostuvo antes de que perdiera pie. Manuel aprovechó para agarrarla de la cintura con suavidad y le habló con un tono tan pegajoso como las moscas de la taberna.

El chico observaba la escena con atención. Nunca había visto así a su padre, la tensión y la emoción formando un todo que le confería un porte desconocido de poder. Desde la barra pudo apreciar sus córneas enrojecidas, fijas en un único punto de interés: la zarrapastrosa forastera. Observó que la seguía como un gallo a la gallina, con el pecho hinchado y la voz más dulce y sugerente que jamás hubiera oído de sus labios. Se habían detenido en la puerta de la entrada. Ella sujetaba la mano que él le había puesto sobre el hombro. Un descuido, se dijo, ya que la sonrisa que la mujer esgrimía no era de alegría precisamente.

¿A qué jugaban? Él ojeaba a su alrededor por si alguien les prestaba atención. Su padre era altivo y no le gustaría tener testigos en el caso de que la gringa lo rechazara, era muy macho como para encajar una negativa. Sonrió con cierto nerviosismo, sus dientes immaculados contrastaban con la piel taína de su rostro redondo.

—¿Tiene dónde pasar la noche, mamita?

—Sí —escupió iniciando el mutis. El hombre la siguió.

—Creí que quizás...

—Ni se te ocurra pensarlo siquiera —susurró. Aun así, el susurro sonó más amenazante que si le hubiese puesto un revólver entre las piernas.

Un par de borrachos rompieron a reír con estridencia, ridiculizando al padre del chico.

—¿Demasiada gallina para ti, cabrón? —se mofaron.

—Chinga tu madre —les contestó Manuel mordiendo la rabia que se agazapaba en su mirada furibunda. Cuando se dirigió a ella de nuevo, era todo sumisión y dulzura—. Disculpe si la ofendí, comadre. Solo quería ofrecerle mi hospitalidad, no más. Creí que una ducha de agua caliente le vendría bien, ¿me equivoco?

Al oír la oferta, el nebuloso iris de Sol resplandeció.

—¿Agua caliente?

—Si me lo permite, ahorita mismo voy a por la llave de una habitación. Si se va a sentir más segura, la acompañará mi mujer —Sol titubeó—. Agua caliente, sábanas limpias y un colchón blanco es todo lo que puedo ofrecerle.

Ella sabía que algo no iba bien, el estómago no la engañaba nunca pero le costaba pensar con claridad. Además aquello sonaba a gloria. Y había mencionado a su esposa... Por no hablar de que tenía que estar presentable cuando llegase a la ciudad, o no la dejarían subir al avión con su desaliñado y apestoso aspecto. Quizás veía gigantes donde solo había molinos de viento. Decidido: se daría un baño para despejarse y se marcharía temprano, sin que el tipo se diera cuenta.

El chaval advirtió que Manuel se acercaba a los borrachos que se habían metido con él y que bebían en una mesa próxima. Eran dos forasteros que se habían instalado en la zona hacía pocos meses. En las últimas semanas habían visitado la taberna con frecuencia. Él no sabía qué tipo de negocios se llevaban entre manos con su papito; pero, definitivamente, no le gustaban. Y a su padre tampoco, porque siempre se ponía muy nervioso cuando venían. Como esa misma noche. Invariablemente lucían un semblante hosco, como si les debieran algo y no les pagasen. De hecho, era la primera vez que los veía reír con tal desparpajo; aunque, para ser sincero, eso no le había tranquilizado.

Manuel les dijo algo mordiendo las palabras en una mueca estirada, el ceño sombrío de su progenitor no expresaba ni pizca de humor. Algo grave estaba sucediendo delante de sus narices y él solo podía quedarse detrás de la barra, sirviendo más tequila.

Seguidamente, los dos hombres se levantaron tambaleándose y salieron del local, riendo todavía. Al pasar por al lado de la joven extranjera dijeron algo que a ella no le gustó, a juzgar por la mirada asesina que les dedicó. Mientras tanto, su padre cogió una de las llaves que colgaban del mugriento tablero que había detrás de la barra y desapareció tras la puerta del almacén. Al poco volvió junto a la gringa que lo esperaba apoyada en la pared, con la cabeza echada hacia atrás. La ayudó a incorporarse y la condujo hacia el exterior, cosa que extrañó al muchacho. Las habitaciones de alquiler se encontraban en el piso superior, ¿para qué necesitaba la llave?

—Manuelito, ¿dónde va el pinche de tu padre? —preguntó su madre desde la cocina, llorando desconsoladamente.

El chiquillo corrió hasta allí, preocupado al verla tan atribulada.

—¿Qué pasó, mamita? ¿Por qué lloras de esa manera?

—¡Estas cebollas, que son muy bordes! —exclamó la mujer tirando una cebolla a un barreño lleno de agua. La cebolla, blanca y lustrosa, flotaba—. ¿A dónde fue tu padre, mi niño?

—No lo sé. Cogió la llave de uno de los cuartos de huéspedes pero no subió... Salió afuera con la extranjera.

Fuera del ambiente cargado del interior, el fresco de la noche golpeó las sonrosadas mejillas de Sol. Se detuvo unos segundos en el porche del local, inspirando con fuerza mientras contemplaba los millones de estrellas que poblaban el cielo. Abrazó una anticipada melancolía.

—¡Esto sí que voy a echarlo de menos!

Un perro ladró en las cercanías. El frío cortaba la respiración, era como si el invierno hubiera llegado de golpe. La luna, inmensa a esa altitud, proyectaba sombras rotundas sobre el pedregoso sendero.

—Venga, hermana, vayamos al cuarto o se congelará. La brisa viene helada esta noche.

Manuel caminaba delante de ella; le costaba seguir su paso firme y seguro, el mundo se movía demasiado deprisa a su alrededor.

—¡Ey! ¡Espera, Goliat! ¿Qué prisa te ha entrado? —balbuceó.

—Tengo que volver a la cantina, comadre. Dejé solo a mi chico y es un poco pendejo.

—¿Y tu esposa? ¿No dijiste que me acompañaría ella?

—Sí, pero ahorita no puede ausentarse del fogón, mamita —contestó sin darle importancia mientras desaparecía doblando la esquina de la casa que daba a la parte trasera del local, donde Sol supuso que estaba el acceso a las habitaciones.

—¡Ey! ¡No corras, gallo cabrón! Bastante trabajo tengo manteniendo el equilibrio como para correr detrás de ti —gruñó molesta.

Tuvo que apoyarse en la pared más próxima tratando de enfocar el paisaje doble y en constante movimiento que tenía frente a sí.

—Me temo... que he bebido... demasiado... —se dijo poco antes de que una fuerte convulsión le retorciera el estómago hasta